

Música Celestial

El pianista

2º ESO

Testimonio de Johana Mason, 34 años, 1999:

Sabéis esa sensación... esa de la que no puedes escapar, esa en la que crees que al salir de tu habitación solo hay un bosque infinito, en el que solo vive el silencio, que solo estas tú y solo tú para apoyarte: la soledad. Eso es lo que siento en noches como esta, cuando veo los copos de nieve caer sobre las hojas de pino. Cuando se va la luz y no tengo a nadie en quien apoyar mis miedos.

Mi madre murió de cáncer hace ya mucho, apenas la conocí. Mi hermano se fue nada más que pudo a Estados Unidos por un supuesto amor que no salió bien. Y mi padre... lo de mi padre ocurrió hace más de un mes.

Él era pianista, uno de los mejores, iba a hacer su debut en Londres, todo el teatro estaba a rebosar de personas. La sala estaba a oscuras, un haz de luz iluminaba su gran piano de cola. Él entró emocionado, yo sabía lo que iba a tocar: "Nocturno de Chopin". Esa canción que siempre me tocaba, tranquila y relajante. Me la sabía de memoria, esa canción siempre me recordaba a él. Se sentó con su esmoquin negro, pero antes de que pudiera acariciar las teclas se quedó parado sin motivo alguno, nadie sabía qué pasaba, un silencio sepulcral llenaba la sala, hasta que de pronto la camisa blanca de su esmoquin se tiñó de rojo. Alguien le había disparado desde la planta alta del teatro. Solo me dio tiempo a mirarle una última vez antes de que un guardia de seguridad me cogiera la mano para sacarme de la sala. Mientras me iba él me miró, a un hilo de vida me miró dejándome sola en este mundo. No se encontró nada ni el arma ni huellas ni nada, solo una bala dorada clavada en su corazón. En su testamento decía que me dejaba toda su fortuna, a mi hermano no le dejó nada pero tampoco es que estuviera en el funeral para recibirlo, ¿pero, que fortuna era esa? En sus cuentas no es que tuviera mucho dinero, pero me vinieron bastante bien esas libras, también me dio la casa en la montaña en la que vivo ahora mismo.

Lo único que me consuela en noches como esta es tocar su piano, como cuando era pequeña y ponía su mano encima de la mía para ayudarme. Tocar esa canción es lo que me recuerda a él, a lo mucho que me quería, a lo mucho que lo añoro. Lo bueno de vivir en el bosque es el silencio, no se oye nada más de lo que digas. Pero cuando toco el eco en la montaña y la nieve cayendo en la noche crean un ambiente mágico, como si el tiempo se parase, y solo las liebres del bosque oyesen mi canción. Terminó de tocar y me dirijo a mi habitación esperando que las pesadillas me dejaran dormir. Subo las escaleras y abro la puerta de mi cuarto, nada más entrar, siento un fuerte golpe en la cabeza, se me nubla la vista y noto como mi cuerpo deja de reaccionar mientras caigo hacia el suelo.

Despierto atada de pies y manos en mi baño alumbrada por una potente luz blanca. Intenté levantarme pero entre las cuerdas y lo débil que estaba me resultó imposible. Mientras lo seguía intentando pensaba en que había pasado y por qué estaba atada, de lo que estaba segura era de que no estaba sola en esa casa. Logré arrastrarme hasta el

espejo del cuarto, y de un golpe seco con la cabeza conseguí romperlo, no me hice gran cosa, solo un corte no muy profundo en la frente. Cogí un trozo de los cristales y conseguí cortar las cuerdas que me mantenían prisionera. Apagué la linterna que me estaba cegando e intenté abrir la puerta sin éxito, me abalancé sobre ella y por fin la pude abrir. La luz aún no había vuelto pero se podía observar un pequeño resplandor proveniente de la planta baja. Anduve a gachas hasta mi habitación cruzando el pasillo, desde él podía ver la luz moviéndose debajo inspeccionando la planta. Al llegar cogí mi teléfono de la mesa, pero tras hacerlo me quedé inmóvil escuchando, como un ciervo que cree tener un depredador cerca. El silencio se vio interrumpido por un leve crujido de una madera, algo o alguien se estaba acercando por el pasillo, instintivamente me metí bajo la cama y me quedé quieta, sin apenas respirar. Oí las pisadas acercándose y pude ver los pies del visitante, llevaba unas botas a las que le había puesto un plástico para no dejar huellas, este no era un ladrón cualquiera. Vi como sacaba los cajones de mi armario y los tiraba al suelo, intentando buscar algo, mientras tanto, encendí el teléfono, pero lo que vi en esa pantalla me hizo perder la esperanza., ese estúpido aparato, mi pase para salir del infierno solo podía poner una cosa : sin batería. Al apagarse vibró levemente lo suficiente para que las botas se parasen pero no como para que Dios se apiadase de mí. Noté un sudor frío bajarme por la frente, la cama cada vez se hacía más y más claustrofóbica a medida que el hombre se acercaba. Pero justo antes pude oír un fuerte ruido, como si un cristal se partiese en mil pedazos, y mi visitante se fue hacia él. Pensé –hay más de uno-. Salí de debajo de la cama y puse a rebuscar en los confines de mi mente un final en el que saliese de allí de una pieza, decidí que la mejor opción sería bajar a la cocina y llamar a la policía con el teléfono fijo.

Pasé por el pasillo hasta llegar a las escaleras escuchando cada sonido a mí alrededor, pero solo había silencio. Antes de entrar oí un cajón abrirse, pero al mirar por la puerta translúcida no vi nada moverse, pasé por aquella puerta de cristal, apresuradamente cogí el teléfono y un cuchillo que encontré en un cajón encima de la mesa, como si el visitante hubiera mirado ya ahí, pero al darme la vuelta, vi una silueta negra al otro lado de la puerta, el hombre la abrió de una patada y por fin pude ver el rostro de mi agresor, del depredador de esa noche, una cara extrañamente familiar, rostro apagado, expresión seria, había cambiado mucho pero podía decir con total seguridad que era... mi hermano.

-Johana cuanto tiempo- dijo con voz maliciosa. De repente llegué a tal estado de confusión que no pude articular palabra. – ¿qué tal tu padre...? Ah es verdad, recibió culpabilidad a balazos, debió suponer una gran pérdida... para ti claro está- me soltó en tono irónico. -¿Cómo... cómo pudiste?- dije con una voz ahogada, de pronto todos mis esquemas y mi vida se vinieron abajo, mi propio hermano, a día de hoy aún me pregunto los verdaderos motivos que le llevaron a llevar acabo ese horrible acto. –Tú eras su favorita, cuando me fui a las Vegas y mi negocio quebró, él no me dio ni una libra, hasta mi novia me dejó, me arruinó la vida- dijo más agresivo. – Y eso te dio derecho a matarlo- le grité histérica. – Su dinero está por aquí, lo encontraré y reará mi vida.- de pronto todas las piezas empezaron a encajar, con mi padre fuera del mapa podría heredar su fortuna, pero no contaba conmigo, - pero solo hay un problema... tú, podrías haberte quedado en el baño, pero no, tuviste que salir y ahora solo eres un bache

en mi camino- y mientras terminaba de hablar sacó una pistola de su chaqueta y me apuntó con ella, en ese instante mi vida me pasó por delante mientras miraba sus ojos llenos de locura. Casi todas las imágenes eran de mi padre, cuando me enseñó a tocar, su canción...etc, después todas las imágenes se fueron y solo podía ver el cañón del arma apuntándome a la cabeza. Pero antes de que mi hermano apretase el gatillo oí una nota y otra, y otra hasta formar una melodía, una que conocía muy bien: el Nocturno de Chopin. Esa canción que me relajaba, que me hacía sentir segura. Vi como a mi hermano se le encogían las pupilas mientras temblaba, de pronto soltaba el arma y se iba corriendo tambaleándose hacia el salón, como si la vida se le fuese en ello. Llegó al piano, y se abalanzó sobre él. Cuando vi las teclas tocándose solas lo comprendí, comprendí que mi padre seguía allí, conmigo. Después miré a mi hermano, era como si le estuviesen clavando clavos por los oídos, como si el mismísimo diablo le hubiese susurrado. Mientras golpeaba y arañaba el instrumento dejaba a la vista un brillo dorado, al final sí que encontró el tesoro. Al verme se fue alejando poco a poco como si tuviera miedo de mí, o de algo de la que estaba en aquella sala, llegó a la esquina y mientras terminaba la canción dijo: -¡aléjate!-. Acto seguido vi como un brazo con un esmoquin tiraba de su pierna hacia la esquina, era como si la oscuridad se lo estuviera tragando justo antes de desaparecer me miró fijamente, pero esta vez ya no me sentí sola.

Fin

Para Censi y Víctor.

Quisiera decir que el Nocturno de Chopin

es una canción real que fue parte de la

Inspiración para mi historia.

Gracias por leer.